

La calle para el martes dos de agosto de 2011
Diario de un espectador
El anhelo de Eliseo
Miguel ángel granados chapa

Grande como prosista y como poeta, Eliseo Alberto lo fue también, y acaso en mayor medida, como cubano. Ahora que ha muerto vemos con claridad que realizó en sí mismo la audacia de amar a Cuba dentro y fuera de su territorio, y de anhelar la unión de las dos porciones del trozo de humanidad que fue la suya: la Cuba de adentro y la de afuera, que al fin y al cabo son una sola.

Nos ocuparemos de la vida y la obra de este novelista, poeta y ensayista. Pero queremos abrir nuestra lectura con los apasionados, se diría que febriles párrafos finales de su Informe contra mí mismo, en que sintetiza ese sueño, ese propósito de unidad, y advierte sobre la horrible consecuencia de no conseguirla:

“En Cuba el pasado nunca acaba de pasar. ; nos precede, nos atrapa y nos proyecta. Mi padre siempre lo dijo: tapen bien los espejos, que la muerte presume. Nacer en esta isla es, en verdad, una fiesta innombrable, querido José Lezama Lima. Sombras que sólo yo veo, me escoltan mis dos abuelos, escribió Nicolás Guillén.. Nuestros santos difuntos dialogan, discuten, pelean y conspiran, aunque los entierren bajo cruces sin nombre o se ahoguen en el mar que nos encierra y define. Los fantasmas traen el ron a la mesa, donde hay sillas reservadas para los ausentes. Las abuelas, mi abuela, tu abuela, siguen tosiendo en los retratos. Mi padre siempre lo dijo: guarden el pan para que hay con qué alumbrar la casa. Mi padre que en paz descansa. Puñales de melancolía esos que nos pueden volver a matar cuando alcancemos a regresar a las calles empedradas de nuestra historia.. Algún día tendrá que suceder y Dios quiera que sea sin odios ni rencores, los cubanos nos sentaremos a repasar esta segunda mitad del siglo XX, a revivir las noches sin nosotros del exilio, las noches sin ustedes de la isla, a encarar los hechos y a sus hombres con la martiana serenidad de la justicia. Será hora de la paz necesaria, y a fuerza de querernos como nunca antes en 500 años, seremos capaces de comprendernos porque esa ha de ser, una vez más, la única forma de perdonarnos. Nos volveremos a emocionar, claro que sí. Lo merecemos. Yo, confieso, recordaré con cierta amargura a un joven que abandoné a su suerte hace muchos años en una trinchera de La Habana: yo mismo. A pesar de tantísimos pesares, y en nombre de tantísimas alegrías, me niego a pensar que durante esa descarga de recuentos dulces y amargos alguien diga, yo diga, cualquiera de nosotros se atreva a decir: ‘Que se vayan, que se vayan’, o ‘Dentro de la Revolución nada, contra la Revolución, todo’, o ‘Esta casa es mía’, ‘Fidel: ¡esta es mi casa!’, o ‘El pecado original de los intelectuales cubanos es que hicimos la Revolución’ o ‘¡Paredón, ¡paredón!, ¡paredón!’, porque entonces,

compañeras y compañeros, escorias y sabandijas, señores y señoras, socias y socios, compadres y comadres, gusanos y gusanas, aseres y moninas, damas y caballeros, lectoras y lectores, amigas y amigos míos, entonces tendremos que desclava de nuevo las tablas de los roperos y sujetarlas de algún modo a los bastidores de la cama, y una noche propicia, bajo el *spot* de la luna, nos veremos balseando en un mar de tiburones cebados por la carnada de miles de náufragos hermanos, con la desesperada esperanza de llegar cuanto antes a la única tierra que parece prometida para los cubanos: irnos, todos, a casa del carajo. O lo que es lo mismo: a la mierda”.